

Ayer, 22 Oct.

PERMUTA DE ESTATUAS 1953

Por Ramón Vasconcelos

NO hay necesidad de vestirse con plumas ajenas. El proyecto de acuerdo presentado en el Consejo Consultivo sobre el propósito de emplazar el monumento de Céspedes en el mismo sitio en que está el de Fernando VII, en la Plaza de Armas, no es obra mía, sino de Armando Mari-bona, y la ponencia que recomienda su aprobación, de Rafael Esténger. Mi papel se redujo a presidir la Comisión de Educación y Cultura en que la iniciativa fué aprobada por unanimidad. Pero estoy conforme con el criterio que considera un anacronismo, un atentado a las tradiciones y un disparate estético colocar en donde está la estatua del rey felón la del mártir de San Lorenzo.

No es cuestión de patriotería ni de capricho el emplazamiento de una estatua, de un grupo escultórico o de una simple tarja. Toda piedra o bronce, todo monumento es un mensaje a la posteridad que debe leerse a primera vista como un libro abierto y ajustarse al estilo de la época, al hecho histórico y al marco en que lo han colocado.

La Plaza de Armas, con el antiguo Palacio de los Capitanes Generales, el del Segundo Cabo, el Castillo de la Fuerza, el Templete, es, como la Plaza de la Catedral, típicamente colonial. Todo nuestro siglo XVIII se encierra en ese delicioso rincón, donde un solo edificio moderno rompe la simetría del cuadro. Por suerte, los dueños han dado todas las facilidades para adaptar en lo posible sus líneas a las del conjunto. El Marqués de la Torre, el de Someruelos, Apodaca y Vives (reseña histórica de Emilio Roig de Leuchsenring) embellecieron la plaza, centro en sus tiempos, de la principalidad habanera. Desde los balcones de Palacio, ocupado luego por los gobernadores de la Intervención y los presidentes de la República, presenciaban los capitanes generales el desfile de calesas y escuchaban la retreta que daban todos los días las charangas militares. "La retreta comenzó a principios de siglo, tocándose sólo los miércoles en la puerta de los respectivos cuarteles o fortalezas —dice José María de la Torre en *Lo que fuimos y lo que somos o la Habana antigua y moderna*. En 1834 se empezaron a dar diariamente en la Plaza de Armas de la manera que hoy se ve. En 1846 y 47 se daba un día

a la semana en la temporada de verano..." Hasta 1917 residieron allí los presidentes republicanos, pero ya las retretas y los paseos dominicales se habían desplazado hacia el Parque Central y la Glorieta del Malecón. Pasaron presidentes y alcaldes sin ocuparse de la Plaza, hasta que Guillermo Belt la restauró totalmente, dejándola como hoy se encuentra: con sus asientos de piedra, sus rejas de hierro, sus columnas marcando las entradas y su Fernando VII, obra del escultor Antonio Solá erigida en 1834 por orden de Tacón.

Si se levantara en su lugar un monumento al Padre de la Patria, desenterraría con la Plaza de Armas y los edificios que la circundan, o tendría las proporciones reducidas, por razones de espacio y perspectiva, del que se pretende trasladar no se sabe a qué parte de la ciudad, posiblemente a un parque ultramoderno. ¿Hasta cuándo vamos a tener una Habana llena de adefesios, o de edificios en lugares inadecuados, o en contradicción con las reglas elementales de urbanismo? Un rebautizamiento oficial no cambia la denominación de calles y plazas dadas por la costumbre. Son la tradición popular y la pátina las que deciden. Nadie llama Ricla a Muralla, ni Presidente Zayas a O'Reilly, ni Simón Bolívar a Reina, ni general Suárez a San Miguel, ni Padre Varela a Belascoaín, ni Avenida de Italia a Galiano, ni Pi y Margall a Obispo, ni... ¿para qué seguir, si la regla no tiene excepciones? Los nombres nuevos y los estilos modernos debieran dejarse para las plazas, parques y vías de los nuevos repartos, para los rincones recién nacidos.

Unas veces la influencia y otras el horror al sistema, que es una forma de la vanidad, para no copiar lo ajeno, aunque sea un modelo de belleza o de sentido práctico, rompen con la simetría que es el secreto del encanto de las grandes ciudades. Nuestra Habana —y excusen la franqueza— sigue siendo una ciudad provinciana, colorinesca, ruidosa, desordenada, antiturística e inhabitable en algunas zonas. La planificación que defienden Colette y Govantes fieramente, las batallas urbanísticas de Mari-bona y las preocupaciones de los que tomamos todavía en serio estas cosas, se tienen por payasadas. ¿No hemos visto las refriegas que ha provocado el monumento a Martí, no

asistimos aún a las discrepancias entre arquitectos sobre la situación, estilo y proporciones de las edificaciones de la Plaza de la República?

Hemos tenido la suerte de que la Conquista y Colonización de América empezara por Cuba. Aquí están las fortalezas, los palacios, los monumentos mejor conservados y más característicos de aquel período. Son un tesoro histórico y arquitectónico. Pero nos obstinamos en desconocer su valor o mermarlo con la vecindad de construcciones futuristas.

No es que debamos petrificarnos en una era atómica para conservar el pasado. Es menos lo que se pide: que se respete lo que ese pasado nos legó y habla,

con el lenguaje elocuente de su piedra patinada por los siglos, de lo que fuimos. Y de ese mensaje repetido cada día, extraeremos la enseñanza y la emoción necesarias para la planificación del futuro. Pero interpretar de manera tan lógica un simple acuerdo del Consejo Consultivo entra también en la categoría de comebolería. Sea como fuere, Fernando VII está bien donde lo mandó poner Tacón. El lugar de Céspedes es otro. Ya dirán sus compatriotas cuál es, si es que piensan decirlo alguna vez. La permuta que se propone tiene las características de una "brava" que no tiene nada que ver con la escultura, con el patriotismo ni con el sentido común.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA